

Gordon R. Dickson
&
Ben Bova

NO MÁS
DUENDES



No más duendes, es la historia de Rolf Gunnarson, un niño cuyo padre está a cargo del lanzamiento del primer cohete a Marte desde Cabo Kennedy. Debido a la intensa actividad desplegada por su padre, Rolf se siente un poco relegado (a su vez, su madre parece cuidar más de su hermana pequeña que de Rolf), considerando además que sus preocupaciones ecológicas tienen más importancia para la humanidad que los viajes espaciales.

Un día, dando un paseo en bicicleta junto con su perro Shep, sufre una caída de esas que te hacen ver estrellas. Cuando se recupera, se da con la sorpresa de que su perro está hablando (discutiendo sería la palabra)...¡con un duende!

1

Faltaba una semana para el lanzamiento a Marte. «*El lanzamiento*», como lo llamaban todos en los alrededores de Cabo Kennedy.

«¡Gran cosa!», pensó Rolf Gunnarson mientras abría la puerta del garaje. La puerta se le resbaló de las manos y traqueteó ruidosamente en sus carriles hasta golpearse al final de ellos con un sonoro impacto. Por un instante Rolf se sobresaltó pensando que el ruido despertaría a su hermanita menor; después apretó la mandíbula. ¡Que se despierte!

Rolf pasó con dificultad junto al automóvil de su padre —un coche oficial de la NASA— para llegar a su vieja bicicleta de tres velocidades. «¿Así que no necesito una de diez velocidades, eh? —murmuró para sí—. Él está demasiado ocupado con su tiro al espacio para escucharme. Realmente necesito esa bicicleta para llegar al Refugio de Vida Natural y volver. Pero a él no le importa la ecología, el Refugio ni nada... ¡salvo ser Director de Lanzamiento para este vuelo a Marte!».

Con ceño arrugado Rolf sacó del garaje la bicicleta y la condujo entre los cinco o seis vehículos estacionados a lo largo de la calzada. En la calle estaba detenido un camión grande de televisión. Dentro de la casa, los técnicos de la televisión estaban extendiendo cables e instalando luces y cámaras. Iban a entrevistar a su padre. Faltaban apenas unos días para «*El lanzamiento*».

—Parece que fuera uno de ellos... uno de los astronautas que va a Marte —dijo Rolf a Shep, que estaba acostado a la sombra del naranjo, en el patio delantero de los Gun-

narson. Shep se parecía a una pelota de lana parda y blanca con la lengua roja afuera, jadeando.

Era un día de los más calurosos que puede producir Florida en verano. El sol quemaba desde un cielo azul brillante veteado aquí y allá con nubes blancas y relucientes. Pero Rolf ya no podía quedarse en casa. Primero era su padre diciéndole: «¡Ahora no, Rolf! ¿No ves que estoy ocupado? "El lanzamiento" primero y después hablaremos de eso». Después era la cuadrilla de televisión que alborotaba por toda la casa diciendo: Muchacho, ¿quieres salirte de en medio?

Con un silbido, Rolf llamó a Shep para que lo acompañara y empezó a pedalear rumbo al Refugio Nacional de Vida Natural de la Isla Merritt. Hoy pensaba no ir allá, quedarse en casa. Pero ahora...

«Debí haberme traído un poco de limonada o algo», se dijo, mientras recorría la calle pedaleando su bicicleta y pasaba frente a las pulcras casitas de césped y arbustos en flor.

Por un instante pensó en regresar, pero luego sacudió la cabeza negativamente. «Tal vez no regrese nunca», pensó lúgubrememente mientras viraba para salir de la calle y encaminarse hacia el Camino de Old Courtnay.

Recorrió varios kilómetros en silencio, con Shep correteando a su lado. Aunque hacía calor, la rapidez con que andaba hizo que una brisa le soplara en el rostro y que su camisa desabrochada aleteara suelta a sus espaldas, de modo que sintió resbalar el aire sobre su pecho desnudo, soplando por los huecos de sus mangas como si fuera su acondicionador personal de aire. «Igual que los astronautas», pensó, representándose mentalmente cómo debían sentirse dentro de sus vestimentas espaciales con aire acondicionado.

Andar en bicicleta le hacía bien... aun con el calor. Aunque en realidad ninguna clase de calor podía molestar a Rolf. Estaba habituado a él. Lo mismo que el buen Shep, que parecía tan lanudo como cualquier otro ovejero inglés

en cualquier parte del mundo, trotando junto a la bicicleta con la roja lengua afuera. Quien no estuviera bien informado creería que Shep estaba por derretirse. Pero Rolf sabía que el ovejero podía seguirle el tren así todo el día. Ambos eran nacidos y criados en Florida. Shep adivinaría que se encaminaban hacia el Refugio de Vida Natural, un sitio que le gustaba tanto como a Rolf.

La mayoría de las personas ni siquiera advertían que el Refugio existía. Lo único que les importaba, como al papá de Rolf, era la parte de Cabo Kennedy ocupada por el Centro Espacial. En realidad el Refugio medía casi 35 hectáreas. Era casi el noventa y nueve por ciento de toda la tierra que la Agencia Espacial poseía en el Cabo. El Centro de lanzamiento ocupaba el uno por ciento restante. El Refugio era un asilo para aves. Oficialmente había 224 especies distintas de aves que lo visitaban regularmente..., aunque Rolf en persona había verificado 284 especies el año anterior. Y estaban también los residentes permanentes: recios cerdos salvajes, serpientes, águilas de cabeza blanca y hasta caimanes. Un buen sitio adonde ir cuando en casa se llegaba al punto en que uno quería voltear la pared a puntapiés.

En ese preciso momento, sin embargo, ese deseo iba disminuyendo en él. Como de costumbre, la actividad de ir en bicicleta y la perspectiva de volver al Refugio estaban ejerciendo su influencia benéfica en su espíritu. Ahora que empezaba a sentirse mejor, Rolf admitió para sí que en realidad no eran cosas como no tener una bicicleta de diez velocidades las que lo fastidiaban. Era... no lograba decir qué era. A veces, cuando estaba lejos de su casa como entonces, resolvía no dejar que las cosas lo afectaran cuando retornase. Pero siempre lo afectaban. O al menos, desde que había empezado ese verano, siempre. Recordando las últimas semanas, Rolf arrugó de nuevo el entrecejo. Se suponía que las vacaciones de verano eran algo que uno ansiaba. Pero ese año nada parecía haber salido bien... desde que él resbalara del trampolín y se lastimara la pierna, hasta

ese momento. Primero había sido ese accidente, luego el trastorno en la casa cuando nació su hermanita. Ahora «*El lanzamiento*»...

Ocupado en sus pensamientos, llegó a los lindes del Refugio casi antes de darse cuenta. Pero entonces, de pronto, el camino se internó entre extensiones de tierra despoblada y Rolf miró en derredor sintiéndose bien. Tal vez la mayoría de la gente no habría visto gran cosa digna de disfrutar. Había tan solo pequeños altozanos arenosos cubiertos de tosca hierba y malezas achaparradas, por todas partes, con uno que otro árbol más grande alzándose torcido hacia el cielo resplandeciente. Pero para Rolf era un lugar notable y fascinante, que bullía de vida vegetal, avícola y animal, todos los seres que eran particularmente sus amigos. De la puerca salvaje con sus cuatro lechones que en ese preciso momento trotaba a plena vista junto al camino por donde él iba, hasta un pelícano pardo que anidaba en una laguna secreta que Rolf conocía, situada lejos, en el monte —y que había perdido ya uno de sus tres huevos por la delgadez de la cáscara, debida al DDT—, todos eran individuos por quienes él se preocupaba.

La puerca condujo a su familia entre las matas, y un poco más adelante Rolf salió con su bicicleta de la carretera de hormigón para entrar en el camino de asfalto que conducía en dirección a la parte del Refugio llamada Playalinda. Después, un poco más adelante, abandonó totalmente el camino y se internó a topetazos por uno de los viejos senderos que cruzaban serpenteando el Vedado.

Oficialmente, nadie tenía que estar allí en ese momento. Por eso no había planeado ir ese día. Playalinda estaba oficialmente cerrada cuando había un cohete en la plataforma de lanzamiento de LC-39, como lo estaba en ese instante el cohete a Marte.

«Pero ¿a quién le importaba eso? Lo único que significaba el cierre de la playa era que no habría nadie más por allí.

¿Y quién quiere alguien más por allí?, —se preguntó Rolf—. Estar solo es bueno. Nadie aquí, salvo Shep y yo...».

«¿Shep?»

Rolf advirtió de pronto que Shep ya no trotaba junto a su bicicleta. Eso en sí no era tan raro, ya que a veces la senda era demasiado angosta e impedía que la bicicleta y el perro fueran juntos. Pero en ese caso Shep estaría detrás de él. Rolf miró atrás, entrecerrando los ojos para evitar el resplandor del sol...

Shep estaba detrás de él, claro. Pero mucho más atrás. El ovejero estaba sentado en el último recodo de la senda por donde habían pasado, unos cincuenta metros detrás de Rolf, contemplándolo con desaprobación. Rolf frenó la bicicleta y se detuvo. Apoyó los pies en el arenoso suelo y se volvió a medias.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Shep, ven aquí!

Shep no se movió. Pero ladró..., lo cual complicaba la cuestión.

Shep se diferenciaba de otros perros en varios aspectos. Uno de ellos era su modo de ladrar. Para empezar, tenía una voz áspera, pero no se trataba solo de eso. Casi todos los perros, cuando ladran, parecen estar diciendo: «¡Oye, me alegro de verte!». «¡Cuidado!». «¡Te lo advierto!». «¡Retrocede!».

El ladrido de Shep se parecía más al de un anciano caballero airado diciéndole a alguien que cuidara sus modales. «Ya era hora de que llegaras», parecía decir Shep. O bien: «¡Basta ya de disparates!».

—¡Rarf! —dijo en ese momento Shep. Fue exactamente como si hubiera exclamado: «¡Vuelve aquí enseguida!».

—Shep —dijo Rolf con lentitud—. Hoy no estoy de humor para eso. ¿Me oyes?

—¡Gruof! —contestó Shep.

—¿Qué te pasa, al fin y al cabo?

—¡Rarf! ¡Rarf raruf!

—Escucha, voy a seguir esta senda te guste o no.

—¡Rruff!

—¡Pues entonces iré solo!

—¡Rarr!

—Como gustes —dijo Rolf dándose vuelta y poniendo la bicicleta otra vez en marcha.

—¡Sigue no más como gustes!

Y partió. Unos minutos y un par de curvas del camino más tarde captó de reojo un leve movimiento, y al bajar la vista vio a Shep andando de nuevo a su lado.

—Mrrp —masculló sombríamente Shep en lo hondo de su lanuda garganta. Pero siguió andando junto a la bicicleta. Rolf sintió una pequeña punzada de culpa.

—¿Acaso no hago a veces cosas que tú quieres hacer? —preguntó Rolf.

Shep callaba ahora. Seguía trotando con su negra nariz al aire. Rolf se encogió de hombros, dándose por vencido. La renuncia de Shep a seguir por el sendero causaba a Rolf más curiosidad aún por ver adónde conducía. Tenía que haber recorrido antes esa senda, ya que había vagabundeado por todas las sendas de la zona de Playalinda en una u otra ocasión. Pero en ese preciso momento no podía recordar cuándo, o adónde conducía esa senda en particular.

Subían una pequeña elevación hacia una cima arenosa. Más allá de la cima no se veía nada, salvo el caliente cielo azul. Bajo las movedizas piernas de Rolf, la bicicleta subió a la cresta y luego se inclinó en una empinada cuesta para iniciar un largo descenso.

«¡Nunca vi antes este lugar!», pensó Rolf.

Y cuando la bicicleta bajaba, Shep se estiró hacia arriba, cerró firmemente los dientes sobre el raído borde de los vaqueros recortados sobre la rodilla de Rolf, y hundió sólidamente en el suelo las cuatro patas, aplicando los frenos.

Era la pierna débil de Rolf, la que se había lastimado en la piscina. La bicicleta patinó violentamente de través, saliéndose de la senda, y empezó a caerse. Aun así no debía haber caído del todo, ya que Rolf era un ciclista experi-

mentado. Sacó la pierna para sostener la bicicleta y detener la caída.

Pero su pie resbaló en el suelo arenoso, la pierna se le dobló, la bicicleta cayó y Rolf cayó rodando por el resto de la cuesta hasta el fondo de la depresión.

—¡Shep! —gritó... o trató de gritar. Cosa extraña, la voz le salió como un chillidito.

Furioso, Rolf intentó sentarse, pero no lo consiguió ni siquiera a medias. A su alrededor, la depresión parecía llenarse de una bruma blanca perlada. Le era imposible ver nada a un brazo de distancia. La cabeza le zumbaba con un violento mareo que le daba la sensación de estar girando locamente.

Rolf se desplomó de nuevo en la arena y todo se oscureció.

2

Poco a poco, Rolf volvió en sí.

A través de los párpados aún cerrados, veía las cosas enrojecidas por el cálido resplandor del sol. Se apagó lentamente en su cabeza un zumbido, y en su lugar pudo oír dos voces que discutían. Una era profundamente grave y de acento puramente inglés. La otra, muy aguda, de tenor y bien irlandesa.

—... ¡so brutos! —resoplaba la voz profunda.

—Ah, ¡conque tú de nuevo! —replicó la vocecilla de acento irlandés—. ¿No sabes acaso que ahora nadie habla así? ¡En realidad, sueñas exactamente igual al doctor Watson con Sherlock Holmes, hace más de cien años!

—¡Pues ustedes «son» unos brutos! —gruñó la otra voz—. ¡Hato de bribones! Además, ¿qué quieres decir con eso... hablar como hace cien años? Hablo como un caballero cabal, de buenos modales, de excelente educación, si se me permite decir...

—No es así —dijo con fastidio la vocecita irlandesa—, como no tengo la menor duda de que lo sabes bien. Es completamente artificiosa la manera de hablar que empleas, copiada de las últimas películas que viste en la televisión. ¡Puaj!

La voz grave volvió a gruñir, pero esta vez fue un verdadero gruñido.

—Vamos, vamos, no hay que precipitarse —chilló la vocecita irlandesa, que repentinamente pareció provenir de más alto—. En realidad, no quise ofenderlo, Mister Sheper-ton. De ningún modo.

Rolf entreabrió un párpado para ver qué ocurría. Y al instante prefirió no haberlo hecho.

Vio a Shep que con el labio enroscado y mostrando los dientes, miraba con fijeza hacia una mata. Flotando apenas sobre ella, suspendido en el aire, estaba un increíble hombrecito de no más de treinta centímetros de altura, con larguísimas orejas en punta y enormes cejas blancas, vestido con chaqueta verde de estiradas mangas y ajustados pantaloncitos que terminaban en pequeñas botas de punta aguda y corva.

Y era Shep el que hablaba ahora:

—¿Televisión? ¡Vaya con la impertinencia! Hablo así porque soy quien soy. ¿Que es un poco anticuado? ¡No hay ningún mal en eso!

—Por supuesto que no, Mister Sheperton. ¡Ninguno en absoluto! —dijo el hombrecito, aún flotando sobre la mata—. Tienes una encantadora manera de hablar, sin duda alguna; ya está todo dicho. Y si ahora hablan de igual modo en las películas de televisión, es seguramente porque están intentando lograr con precisión el estilo señorial, característico de un caballero como tú.

Shep se apartó de la mata. Su labio se desenroscó.

Rolf cerró nuevamente los ojos. No podía ser... aquello que él estaba viendo y escuchando. ¿Shep hablaba como un ser humano y un hombrecito verde le contestaba? Pero... debía haberse golpeado la cabeza contra una roca cuando cayó de la bicicleta. Entonces, las voces callaron. Seguramente, cuando abriera de nuevo los ojos, no vería más que al buenazo de Shep, gimoteando como cualquier vulgar perro, y tratando de lamerle la cara.

Pero...

—Dejémonos de tonterías, entonces —dijo la vocecita irlandesa, con total claridad—. Indudablemente, tenemos cosas mucho más importantes que discutir, ¿no es así?

Rolf abrió ambos ojos a la vez. El hombrecito flotaba sobre el suelo al pie de la mata. Shep se había sentado sobre

sus patas traseras.

—¡Si te refieres al chico —dijo ásperamente Shep— no tenemos nada que discutir! Está bajo mi protección, ¿sabes? Y no lo compartiré con ningún bribón, con ninguna aparición, con ningún duende. Porque tú eres un duende, a pesar de tu trajecito verde y de tu verde pronunciación... Con respecto a mi modo de hablar, ¿qué tal el tuyo?

—Vamos, vamos, Mister Sheperton —dijo el duende, o quien fuera, con absoluta calma—. No desenterramos ahora viejos huesos para roer...

—¿Y por qué no? —refunfuñó Shep—. He pasado horas muy felices, ocupado en desenterrar.

—Solo quise decir que no necesitamos discutir cosas sin importancia —dijo el duende—. Es sobre el niño que debemos hablar. Un excelente muchacho...

—Naturalmente. Yo mismo lo eduqué —dijo Mister Sheperton.

—Eso está a la vista. No hay duda —dijo, apresurado, el duende—. Pero el caso es que el chico está en un apuro... eso no se puede negar.

—La vida no es un lecho de rosas —contestó duramente Mister Sheperton—. Hay que saber tomar lo bueno y lo malo.

—Seguro. Pero ¿por qué aceptar lo malo, si se puede tomar siempre lo bueno?

—¡Ayuda a templar el carácter, esa es la razón! —estalló Mister Sheperton—. Mira tú... como quieras que te llames...

—Baneen —dijo el duende.

—Mira, Baneen. Esto es cosa de seres humanos. ¡Saca de aquí tu narizota de duende entrometido! —continuó Mister Sheperton—. El chico ha pasado un verano difícil. Para empezar, todo su interés en los animales silvestres lo alejó de sus amigos. Luego, cuando nuevamente intentó ser sociable, apenas comenzadas las vacaciones, tuvo la mala suerte de fracturarse una pierna al saltar desde un

trampolín. Estaba haciendo ostentación, es verdad, pero qué mal hay en eso..., y tuvo que pasar varias semanas enyesado. La mamá estaba ocupada con la hermanita pequeña. El papá, sumergido en su trabajo. Dejaron que el chico se las arreglara solo, justamente cuando comenzaba a meterse dentro de este asunto de la ecología y deseaba hacer algo de provecho en su vida... Muy bien. Él resolverá sus propios problemas de una manera u otra, y te agradeceré no interferir.

—¿Que «tú» me agradecerás? —chilló Baneen, brincando a unos pasos de la nariz de Shep, como bailando con sus botitas de punta curvada—. ¿Me lo agradecerás, entonces? Y si yo no debo interferir, ¿qué es lo que estás haciendo tú?

—Yo soy de la familia —gruñó Mister Sheperton—. Ahí está la gran diferencia.

—¿Ah, sí? ¿De veras? ¿Y eso te otorga derecho para impedir que el chico reciba toda la inmensa ayuda que le pueda dar?

En esto los ojitos de Rolf se abrieron totalmente.

—Cuando mucho, un toque, apenas un toquecito de magia de duende, y de inmediato él encontrará la solución a todos sus problemas, a todos sus sueños. Todo esto a cambio de una pizquita de ayuda, no una mano, sino apenas un meñiquito...

Mister Sheperton gruñó y se paró sobre sus cuatro patas. Baneen saltó hacia atrás un paso y comenzó a elevarse, alejándose de la tierra. Pero ambos quedaron congelados en sus respectivos sitios por una voz, intempestiva y amenazante:

—¡BANEEN!... ¿QUÉ HAS ESTADO HACIENDO HASTA AHORA, HOMBRECITO ESCURRIDIZO? —Otro duende surgió tras la mata—. ¿Qué pasa aquí? —inquirió—. ¿Y quién eres tú, perro?

—Sheperton. Mister Sheperton —respondió fríamente Shep.

Baneen echó una mirada sobre la tierra, y la rozó apenas con los pies.

—¡Ah, tú, querido Lugh! —dijo mientras conservaba un ojo vigilante sobre Shep—; Seguramente esta fiera me hubiese dado muerte cinco veces seguidas si no fuera por tus portentosos poderes, con los que has venido a rescatarme...

—¿Rescatarte? Eso depende de lo que hayas estado haciendo —prorrumpió el segundo duende—. Ahora bien, contéstame pronto o te pondré mediante un hechizo en un húmedo sótano por más de cinco mil años... ¡y tú sabes que puedo hacerlo! ¡Eso y cualquier otra cosa que me propusiese!

Rolf, que estaba tendido allí, mirando a los otros, creyó al pie de la letra todo lo que decía el recién llegado. Había algo totalmente convincente en aquel duende llamado Lugh, aunque al mismo tiempo resultara misterioso. Porque, de alguna extraña manera, Lugh aparecía como mucho más grande y terrible de lo que era en realidad.

Rolf le echó una mirada de soslayo, a la vez que se preguntaba si, después de todo, la caída de la bicicleta no había alterado su cerebro.

A simple vista. Lugh era un duende como Baneen. Bueno; no exactamente como Baneen Lugh era la mitad más alto, corpulento y ancho de hombros. Pero no era esto lo que lo hacía imponente. Y era imponente, sin duda alguna.

En cierto modo, si bien los ojos de Rolf insistían en que Lugh no medía más de medio metro, había algo en él que lo hacía diferente. Daba la impresión de estar hecho a la medida de un jugador profesional de fútbol: sólido, de recias mandíbulas, fuertes puños. Un temible oponente para cualquier ser que anduviese en dos o aun cuatro patas.

—¿Me oyes, hombrecito? —bramó ahora Lugh, blandiendo un puño bajo la nariz de Baneen—. ¡Habla, o irás abajo con hongos y escuerzos por más de cinco mil años!

—¡Vaya, pues! —dijo Baneen con voz temblorosa—. Tienes un carácter tremendo, realmente. Y yo que tan solo intento hacer algún bien, ya sea a hombre, a bestia o a duende, o a todos a la vez: ¡Ah, toda la incompreensión que he debido soportar la mayor parte de mi vida! ¡Los malentendidos de aquellos a quienes solo deseo hacer todo el bien que puedo!

—¡Habla! —ordenó Lugh con fiereza.

—¿Y qué estaba haciendo ahora, precisamente? —dijo Baneen con «rapidez»—. Como decía mi lengua, justo hace un momento, aquí estaba yo conversando con Mister Sheperton...

—¿Mister Sheperton? —Lugh pestañeó y volvió la mirada al perro—. ¡Ah, sí, Sheperton!

—¡Mister Sheperton! —gruñó Shep, amenazante.

—Bueno, bueno, que no haya un malentendido —dijo apresuradamente Baneen, interponiéndose entre el ovejero y Lugh—. Se trata, precisamente, de Mister Sheperton; así lo llamó la familia del muchacho cuando lo trajeron a la casa. Y era apenas un cachorrito, hace casi seis años.

Rolf parpadeó. Lentamente, desde lo más remoto de su memoria, surgió el recuerdo de aquel día cuando su padre trajera al perrito a su casa. Era verdad... el primer nombre que se les ocurrió para aquel cachorro lanudo de patitas torpes, que daba tropiezos sobre el piso de la cocina, había sido «Mister Sheperton». Ya entonces se veía un aire pomposo en ese cachorrito que se contoneaba, regordete. De ahí el nombre. Por supuesto, al abreviarlo, el original cayó en el olvido. Se le llamó «Shep».

—... y voy a presentarlos ahora —continuó Baneen—. He aquí a Lugh de la Larga Mano, Príncipe de todos los duendes en el exilio en este frío y húmedo planeta vuestro, no inferior a nadie, excepto Su Majestad Real, el Mismísimo Rey de Duendia... quiera que por mucho tiempo floten las nubes de polvo sobre su crepúsculo.